

# TIC-TAC

Teresa Sopena



# TIC-TAC

Teresa Sopeña

Texto:

© Teresa Sopeña Biarge

<http://leoleolo.blogspot.com.es/>

Imagen de portada:

© José Manuel Ubé

<http://jmube.com>

## ÍNDICE

1. [En la plaza de Oriente](#)
2. [El coleccionista de tiempo](#)
3. [De un pino y una encina](#)
4. [Minutos](#)
5. [El coleccionista de humo](#)
6. [Habitantes de la Luna](#)
7. [¿Sola?](#)
8. [Savia y sangre](#)
9. [Rosas para mi madre](#)
10. [Sabina](#)
11. [Eros cibernético](#)
12. [Tinta violeta](#)
13. [Ex machina](#)
14. [Las edades de La Tierra](#)
15. [Lamias, Gorgonas, Sirenas](#)
16. [El coleccionista de sombras](#)
17. [Paisaje intermitente con ráfaga de viento](#)

## [Epílogo](#)

## 1

**En la plaza de Oriente**

Incertidumbre: entrever la luz que se oculta  
en la turbiedad, más allá de las llamas,  
acurrucada junto al corazón tibio de la ceniza.

**Alfredo Saldaña**

*Humus*

**N**

o negaré que la emoción me ha embargado cuando mi avión, con un ligero rebote, ha tomado tierra en el aeropuerto de Barajas. Hacía exactamente catorce años, cinco meses y diecinueve días que no pisaba Madrid. No afirmaré que se trata de una vuelta a casa, pero casi. Siento que Madrid es mi segundo hogar, así que me encuentro bien dispuesto para soportar, incluso con alegría, los últimos trámites del ritual del viaje: el autómatas paseo que nos lleva desde el hangar hasta la aduana, de allí hasta la sala de equipajes donde los engranajes de las eficientes cintas vomitan bolsas, maletas y otros tantos bultos misteriosos en inestable equilibrio, y, por fin, al gran vestíbulo de salida repleto de familiares que reparten besos y abrazos y palmean las espaldas de los recién llegados, o de guías acreditados de empresas turísticas que exhiben carteles con nombres propios o con el logo de alguna agencia.

A mí no me espera nadie. Después de catorce años, cinco meses y diecinueve días, ¿quién iba a esperarme? Mis vínculos directos con España se extinguieron hace siete años, al morir mi madre. Así que atravieso raudo e impaciente el amplio espacio que me separa de las puertas giratorias (sorteando tiernas escenas de reencuentro o desencuentro) empujando con decisión el carrito donde se apo-

yan, indolentes, mi maleta y mi bolsa de mano, en busca de los cielos de Madrid, esos cielos azules y rasos brillantes de luz meridional.

Me encamino directamente hacia la fila de taxis, susurro la dirección de mi hotel (el de siempre, uno de los mejores, frente a la fuente de Neptuno) y me concentro en las modificaciones del paisaje periurbano, en el vértigo de la velocidad de una autovía española. El conductor es locuaz. Me pregunta con curiosidad en qué vuelo he llegado.

—¡Ah! En el de París. Así que es usted francés. Ya ve, he acertado. En cuanto me dio la dirección del hotel, me dije: este señor es francés. Ya ve. No hay acento que se me resista. Y eso que usted habla muy bien español. Pues yo conozco París, ¿sabe? Estuve allí de viaje de novios con la mujer. Pues que no me gustó nada la torre Eiffel, oiga. Un amasijo de hierros, eso es lo que me pareció. En cambio un día fuimos a Versalles, en un tren de cercanías, oiga, y aquello sí que nos entusiasmó. A los dos. ¡Vaya palacio el del rey Sol! ¡Y qué jardines! ¡Menudo cómo vivían los reyes de aquella época! ¡Qué lujazo! Y, ¿qué? ¿Viene en viaje de negocios o de placer? No me lo diga. De negocios, ¿a que sí? No, si yo tengo una intuición... Mire, ya estamos. La fuente de Neptuno. ¿Le parece que entremos por esa bocacalle y así le dejo justo en la puerta? No se preocupe, yo le espero aquí, junto al «taxis», hasta que salga el botones. Son treinta y dos euros. Pues muchas gracias por la propina, caballero. A mandar, y que le vaya a usted muy bien.

La verborrea del castizo taxista, lejos de irritarme, me ha puesto de buen humor. Me ha hecho sentir en España. Ha sido como una bienvenida a casa. Le he pedido su número de teléfono para que vuelva a llevarme al aeropuerto cuando me marche o para llamarle si necesito desplazarme en coche durante estos días. En el mostrador de recepción he vuelto a sentir esa misma sensación de bienvenida. Nada que ver con las rígidas formalidades, corteses pero siempre frías, de cualquier hotel de la Europa Atlántica. Aquí todo es más cálido, más espontáneo. Vibran la curiosidad y la capacidad de asombro. El botones es un jovenzuelo imberbe,

con la frente estragada de granos y espinillas, que me mira con ojillos astutos, ilusionado ante la idea de una gratificación que adivina espléndida (soy un señor con un aire muy distinguido) y que pierde todo su aplomo cuando el sonido de la estridente cacofonía de algún grupo de rock le anuncia una llamada a su teléfono móvil, que atiende con voz susurrante, apremiante: Luego te llamo, ahora estoy ocupado. Su novia. Seguro. No hay disimulo. Yo le guiño un ojo y deposito en su mano extendida un billete: ¿Te llega para llevarla al cine? Oh, sí!, contesta el chaval, azorado. El señor es muy amable.

Fórmulas. Siempre fórmulas. Pero más frescas aquí, en España.

¡Bien! Me hallo dispuesto para mi peregrinaje. Quiero caminar a pie hasta la plaza de Oriente. Como siempre. Así que inicio, despacio, la subida por la Carrera de San Jerónimo hacia la calle Alcalá. Es mi Madrid. El Madrid Borbón y neoclásico, cosmopolita y abierto, que pronto da paso a esa otra villa de carácter más íntimo y abigarrado, la de los Austrias, la de la plaza Mayor —geometría evocadora donde las haya, vernácula y carpetovetónica—. Sigo mi trayectoria rectilínea hasta llegar a la plaza de la Ópera. Es un Madrid más bohemio, que me recuerda a los alrededores de la Place du Tertre, en Montmartre... y que desemboca, con esa incoherencia estructural que poseen las ciudades con alma, en el amplio espacio de la plaza de Oriente, donde se enclava el Palacio Real.

Desde luego, no es Versalles. Tampoco el Louvre. No importa. Tiene su encanto. Su encanto español. La plaza es enorme y recibe, estoica —otro atributo local, más sanchesco que quijotesco, o quizás ambos a la vez— los inclementes rayos de sol que caen, perpendiculares, violentos (es mediodía y el sur tiene eso: es el sur), convirtiendo la amplia explanada en un tórrido espejismo donde ubico, sin problemas, a la última familia real cuyo palacio moró. Puedo imaginar, perfectamente ataviado, al cortejo de un rey,

Alfonso XIII, y de una reina, la dulce Ena, seguida de un séquito de melindrosas damas y camareras. Una de ellas eras tú, mamá. No sales en ninguna de las fotografías de entonces, sin duda demasiado discreta (o quizás demasiado tímida) para llamar la atención. Pero sé que estuviste ahí, la sonrisa siempre en los labios, entregada y enamorada. Madrid no es París. Nunca lo fue. Madrid, Villa y Corte, posee todavía una sustancia provinciana y gris, pacata, entre ñoña y cursi, que evoca mucho más de lo que fue capaz de dar.

En el Madrid de las primeras décadas del siglo XX, la expresión «amante real», indiferente en París, en Londres o en Berlín, no dejaba de tener una profunda connotación de transgresión moral difícil de excusar. Supongo que el deseo, finalmente, nos vuelve audaces. Y fue tu audacia la que te hizo ser así. El exilio, el amor y el desamor y finalmente la pobreza. Como siempre, la plaza de Oriente se despereza a tus pies. Lo ignora todo (o lo silencia: es lo mismo) pero sucumbe ante ti. Es tu escenario. Inmenso salón de baile donde el rey, a tu compás, evoluciona entre mil piruetas gráciles que honran tu belleza y tu juventud.

Amante del rey de España. Tampoco es decir mucho: ¡tuvo tantas! La historia de los Borbones ha estado inextricablemente unida a la de sus líos de faldas. O de pantalones, si hemos de tomar por ciertos los rumores que retratan a la reina doña Isabel II (abuela de nuestro Alfonso) como una auténtica ninfómana. Claro que la dama queda parcialmente exculpada si añadimos que de su esposo don Francisco de Asís, el rey consorte, siempre se dijo que era impotente, amén de homosexual. No fue este, desde luego, el caso de Fernando VII o de Felipe V, ambos varones harto dotados y de sensualidad desbordada. Vicioso, depravado y adicto a los prostíbulos de baja estofa a pesar de sus cuatro bodas, Fernando; terriblemente devoto pero aquejado de un irrefrenable priapismo, Felipe: su imperiosa necesidad de hembra llegó a ser asunto de Estado al quedar viudo, pues la fe religiosa no le permitía el alivio común de un desahogo extramatrimonial cualquiera y hubo que conseguirle nueva esposa a toda prisa... so pena de quedar inca-

pacitado para siempre a causa de una depresión profunda. Cuentan las malas lenguas que mientras su primera esposa, la reina María Luisa Gabriela de Saboya, exhalaba el último suspiro, él la penetraba con furia una y otra vez, y que con la segunda de ellas, Isabel Farnesio, apenas pudo esperar a que terminase la ceremonia nupcial, tomándola con la impaciencia de un verraco en la misma capilla donde acababan de desposarse.

Amoríos reales. Chismes palaciegos pasados de moda, más propios de una época pretérita, romántica y cortesana, esfumada ya en aras de un mundo más moderno, más democrata y más vulgar. Hoy, para el ávido deseo popular de chismografía rosa, el fasto de reyes y aristócratas ha sido sustituido por el de actores y actrices, cantantes, toreros y futbolistas (cuando no de una cohorte de ramplones oportunistas), y aquellos amoríos reales de antaño no afectan a casi nadie. Solo a mí. Mi madre fue amante de un rey de España. Crecí obsesionado por ese hecho, que ella nunca ocultó, pero que me consta se encargó de embellecer desde la distancia sublime del recuerdo y la memoria. Siempre se sintió especial por ello y, lo que es peor, me lo hizo sentir a mí. Por eso he vuelto hoy a Madrid.

Sí. He vuelto para saldar una deuda. Cumplir un deseo póstumo. De ella. De mi madre. Cierro los ojos y vuelvo a extasiarme, como de niño, con el recuerdo del perfume que exhala su cabellera morena, con el misterio de sus rasgos exóticos, de la mirada despierta de sus ojos de almendra. Bella y frágil, rodeada su esbelta figura por un exquisito halo de sutil distinción, y, sin embargo, dura e inquebrantable como el diamante. Recuperar ese objeto perdido se convirtió en la única obsesión de sus últimos años.

—Tuve que venderlo. Tuve que venderlo. Entonces era muy pobre, ¿sabes? No tenía qué comer y había estallado la guerra —repetía a menudo, más para justificarse a sí misma que para darme una explicación que yo nunca solicité—. ¡Si al menos lo hubiese empeñado! Pero, ¿cómo?, si no

tenía ninguna esperanza de recuperarlo después. Había tanta miseria en París... Lo malvendí. Se aprovecharon de mí...

Mi padre era un hombre rico e influyente. Una vez casados y terminada la guerra, se dedicó con paciencia, para complacerla a ella, a rastrear el paradero de las alhajas vendidas. Regalos de Alfonso XIII. Ella había sido ingenuamente sincera. Nunca engañó a mi padre. Simplemente manipuló su historia, adornándola de un esplendor y un encanto del que probablemente careció. Era lista. Sabía del deseo ardiente que es capaz de inspirar la compasión, de ese erotismo turbio y un poco mórbido, insoslayable, que provocan la fragilidad, el sufrimiento y el dolor ajeno... Hizo que él se sintiese su salvador y redentor. En suma, le conmovió. Supongo que mi madre exageró su desamparo y su mala fortuna a la vez que el brillo de su pasado y supo ofrecerse a mi padre como exquisito «bocado real».

Poco a poco se fueron recuperando todas las joyas perdidas. Pero luego surgieron nuevos caprichos: recuerdos del rey, de la reina, de los infantes; pequeñas chucherías personales, cucharitas de plata, pastilleros, juguetes, abrecartas, revistas y postales de la época... Cosas así, menudas, insignificantes, que a ella le hacía ilusión poseer y que a mi padre no le importaba adquirir. Recuerdo que acudíamos los tres, muy serios y emocionados, a las casas de subastas. Mi madre estaba suscrita a distintas publicaciones especializadas en alta sociedad que daban puntual cuenta de esa compraventa de objetos. Cada cierto tiempo aparecía la noticia de que había «Alfonso XIII» en el mercado. Daba igual que fuese en Roma, o en Londres, o en París, o en Madrid. Mi padre organizaba el viaje, establecía contactos y los tres juntos tomábamos un tren que nos conducía allí donde el azar hubiese dispuesto la venta. En una ocasión nuestro destino fue Roma. Permanecemos diez días en la capital de Italia realizando agotadoras visitas turísticas, alojados en el Gran Hotel, el mismo donde falleciera el rey el veintiocho de febrero de 1941; mamá derramó amargas lágrimas de dolor a nuestra llegada. Él había vivido sus últi-

mos meses en ese mismo lugar, transitado los mismos salones lujosamente amueblados, hollado con sus pies el mismo mármol blanquísimo que pavimentaba los suelos del amplio vestíbulo... Él habría posado las yemas de sus dedos en el tirador de latón de la gran puerta giratoria —ese mismo latón que ahora acariciaba ella— y habría escudriñado los cielos romanos asomando su noble cabeza bajo la imponente marquesina... Quizás la huella de sus labios aún permaneciera impresa en el borde de una taza de porcelana o de una copa de frágil cristal. Esa misma noche mi madre me contó por vez primera, transida por la emoción, que ella había amado mucho a ese rey.

Para mi padre y para mí, su único y adorado hijo, mamá fue, sin duda, una reina. Nuestra reina. La más bella y soberana.

Desaparecido mi padre, yo continué reuniendo para ella, por costumbre, por afición, poco a poco por compulsión, recuerdos de ese rey a quien tanto amó. Y dentro de pocos días tendré en mis manos, por fin, el último objeto vendido. In memóriam...

De mi padre aprendí que es bueno tener contactos cuando uno llega a una gran ciudad desconocida. Madrid no lo es para mí, por cierto, pero catorce años de ausencia son muchos, casi demasiados, así que he buscado un contacto. Es mejor que acuda a la subasta acompañado de un experto. La casa D&V, encargada de la venta, es suficientemente prestigiosa como para no dudar de la autenticidad de sus piezas, pero siempre hay más garantía si uno cuenta con el consejo y la opinión de un entendido... lo que, además, produce en el vendedor una impresión más favorable, más seria. Mañana me entrevistaré con el señor Esarte, Javier Esarte, el contacto elegido, de quien tengo buenas referencias. Ya nos hemos comunicado por correo y por teléfono. Cuando regrese al hotel le telefonaré de nuevo y le pediré que venga conmigo a visitar la exposición de las

piezas subastadas. Mañana... Ya solo falta esperar a mañana.

Mientras tanto, sigo con mis andanzas por la capital de España. He hablado con Esarte, que ha accedido a mi petición con singular cortesía. He cenado deliciosamente en el hotel, regando los exquisitos manjares (revuelto de espárragos trigueros, sabrosas costillitas de cordero lechal) con un buen caldo de la tierra. He degustado una cálida copa de brandi en el coqueto bistró de la última planta con hermosas vistas del paseo del Prado y del parque del Retiro y, después, mi amigo taxista ha venido a recogerme para llevarme al teatro, a deleitarme con el último musical de moda.

La temperatura nocturna era tan tibia, tan acogedora... Madrid estaba tan quieto y tan sereno, tan vacías sus calles tras la vorágine imposible del tráfico diario, que he decidido volver al hotel caminando. ¿Ha sido un error? No lo creo. A pesar de todo, no lo creo. A pesar de que, en el laberinto de calles del barrio de Malasaña, he tenido un desafortunado tropiezo. Un extraño personaje (un travesti, sin duda) me ha abordado al doblar una esquina, insinuante, musitando su precio entre dientes. ¿Acaso los seres humanos tenemos un precio? Sin duda. Las más de las veces un precio ridículamente bajo. Me ha pedido fuego. A la luz de la llama temblorosa he distinguido unas facciones abyectas: ojos ennegrecidos por el kohl, labios sangrientos, oscura melena lacada de bucles artificiales, sonrisa de hiena emboscada. Ha sido entonces cuando he sentido en el vientre la punzada afilada de una navaja.

—Dame todo lo que lleves encima, cabronazo.

Unos pocos billetes. Apenas doscientos euros.

—El reloj. Llevas un *peluco* de oro. Quítatelo. Las tarjetas de crédito. ¡Venga, venga! —su voz suena con un punto de prisa y de histeria.

Le entrego el reloj y una tarjeta de crédito con parsimonia, como si ejecutase un ritual ya presentido. Él (ella) me arrebató la cartera. Con el brusco ademán cae al suelo la

cartulina dorada que publicita el hotel donde me alojo. Él (ella) la recoge al instante y lanza un silbido.

—¡El Palace! Eres un viejo cabrón y asqueroso. Seguro que estás podrido de pasta —me humilla— ¡Vaya pinta de dandi hijo puta más pasada que tienes! ¡Corre! ¡Vete! ¡Y no se te ocurra denunciarme, que me he quedao con tu jeta y sé dónde te hospedas! ¡Vete de una vez, viejo de mierda!

Y me propina un violento empujón en un hombro.

A mí no me da la gana salir corriendo. Que corra él (ella), que para eso es el ladrón. Así que me doy la vuelta muy dignamente y camino unos pocos pasos despacio, manteniendo el equilibrio (me duele el hombro) y la compostura.

Y parece que esta actitud serena me da suerte, porque en ese momento veo pasar un taxi con la luz verde encendida, alzo un brazo y lo detengo. ¡Bueno! Así son las cosas. En Madrid y en París, en Londres, en Berlín, en Roma, en Lisboa, en Nueva York... Total, me he quedado sin reloj y sin doscientos euros. Pero la tarjeta de crédito no va a servirle de nada al chorizo. En cuanto llegue al hotel denunciaré el hurto.

Quizás sea cierto que soy un viejo decrepito y podrido de pasta. Tengo sesenta y seis años y mañana mismo pienso gastar una pequeña fortuna en adquirir un recuerdo, una pieza de coleccionista de precio principesco, para saldar la deuda contraída con alguien que ya no existe. Tal vez ese triste travesti tenga razón. Seguro que la tiene. En el fondo, no me importa demasiado que me haya robado el reloj de oro y un par de cientos de euros. Ese dinero, para mí, supone muy poco. Y el reloj... Fue un regalo de novios que me hizo Renée, mi esposa, hace ya tanto tiempo... Conservo de ella un recuerdo agridulce y algo confuso. Nuestro enlace no tuvo nada de romántico: fue, más bien, un apaño financiero inevitable muy corriente en ciertos círculos sociales, la fusión de dos grandes firmas comerciales auspiciada por intereses paternos. Al principio, nuestro matrimonio pareció funcionar. A los dos años de casados, para satisfac-

ción y deleite de las respectivas familias, nació Claudia. Hubo un gozoso pero discreto beneplácito, sin demasiada alharaca, sin ninguna manifestación de exagerada alegría que pudiera romper aquel tono de rancia y burguesa elegancia que caracterizaba a los viejos linajes industriales de nuestra próspera región del norte de Francia. Tanto Renée como yo cumplíamos fielmente con las obligaciones establecidas por la tradición y la estirpe y nada hacía presagiar que alguno de los dos abandonase el guion, tan cómodo como predeterminado e insulso. Sin embargo, así fue. De la noche a la mañana, cuando Claudia apenas contaba quince meses de edad, Renée nos abandonó a la niña y a mí para fugarse con su peluquero. Supongo que, en el fondo, a pesar de haber engendrado juntos una hija y compartido más de tres años de nuestras vidas, ni ella ni yo nos conocíamos ni tampoco habíamos hecho grandes esfuerzos por conseguirlo. Ignoro qué insondable piélago de pasiones y frustraciones albergaba el corazón de Renée y hasta qué punto mi comportamiento correcto, sí, pero frío y en exceso educado y distante, la precipitó en los brazos de un empleado que debió de escuchar sus cuitas con bastante más interés que yo. O quizás Renée tan solo huyera para poder desprenderse de ese rígido corsé de esposa, madre y mujer burguesa tan poco permeable a la imaginación. Por otra parte, la fuga de Renée no nos afectó demasiado a Claudia y a mí. Hasta el momento de su huída, mi esposa había sido una mujer anodina, incolora y frágil. La niña y yo continuamos viviendo con mis padres en la gran casona familiar. Yo tuve algunas amantes, un devaneo más serio con una conocida soprano... En fin, nada demasiado importante.

Y sí, el reloj era de oro, en efecto, y poseía su valor, pero no importa: perteneció a un pasado que he repudiado y a partir de mañana ya no pensaba volver a usarlo.

Reconozco que mi postura puede parecer excéntrica. Me dejo robar casi a diario comprando absurdos fetiches sin más valor que el simbólico. Tampoco me enfurece demasiado que me atraque en plena calle un chaperero disfrazado de